

que yo han incurrido en ellos. ¿No fué una palabra de Cristo, palabra revelada, la que indujo á Orígenes á mutilarse? ¿Y hay quien se atreva á decir que comprende la Escritura mejor que Orígenes? Si la Escritura debe entenderse como él lo ha hecho, ¿qué será del género humano? ¿Se mutilará todo él? Prescindamos del consejo de hacerse eunuco, y vengamos á las máximas más claras de la perfeccion evangélica. Si nos dan un bofetón en la mejilla izquierda, presentaremos la derecha, para estimular los insultos; si nos roban nuestra túnica, daremos además nuestro manto al ladrón, á fin de recompensarle de su trabajo; no haremos resistencia nunca, seremos como los cuákeros. Pero los cuákeros trabajan: hacen mal; ¿no cuida Dios de los lirios de los campos sin que trabajen? No nos casaremos, porque, decía San Pablo, esta manera de ser eunuco es el colmo de la perfeccion. No dejará con esto de prosperar el mundo (1).

¿No es así como debe entenderse la Escritura? Enhorabuena, dicen los deístas, estamos dispuestos á entenderla como se quiera, con tal que se nos dé una regla cualquiera de interpretacion. «Mi apuro es grande, dice Bolingbroke. Consulto nuestros doctores en teología y encuentro que un solo y mismo texto de la Escritura presenta media docena de sentidos: el sentido gramatical, el sentido histórico, el sentido alegórico ó figurado, el sentido divino, y aún un sentido tropológico ó moral. Por amor de Dios, ¿cuál de esos sentidos es el del Espíritu Santo? ¿Ha tenido en cuenta todos? Esto está bien para su infinita sabiduría; pero ¿qué hemos de hacer nosotros, pobres mortales? ¿Cómo sabremos si la palabra *luz* significa la luz física, ó significa el Mesías, ó la luz interior de la gracia, ó el esplendor de la gloria celeste? Porque nuestros doctores dicen que la palabra luz tiene todos estos significados. ¿Seré libre de entender las palabras en el sentido que quiera? ¿A qué queda entónces reducida la palabra divina? Cada cual le hace decir lo que le acomoda. ¿No es así como Swift, ese descreído, ha hecho decir á la Escritura precisamente lo contrario de lo que dice? De esta manera ¿no se convierte la interpretacion en un trabajo de

(1) TINDAL, *The christianity as old as the creation*, c. XIII.

falsificacion? (1). Y ¿cómo podré yo separar en ese dédalo de errores ó de falsedades lo que es verdad revelada? Convengamos en que Dios ha procedido de una manera muy singular al revelarnos la verdad, condicion de nuestra salvacion.»

Porque se trata de las verdades fundamentales del cristianismo. ¿Hay otra más capital que el dogma de la Trinidad? Pues bien, escuchemos á los católicos: dicen que es preciso estar ciegos para no ver la Trinidad en las palabras claras y formales de Jesucristo; la encuentran hasta en el Antiguo Testamento. Si, por el contrario, se pregunta á los unitarios su opinion, pretenden rotundamente que los ciegos deben ser los católicos para ver la Trinidad en los Evangelios, y que es preciso ser imbécil para encontrarla en la Biblia. ¡Hé aquí una revelacion que no brilla por la claridad! La gracia, con todos los misterios que con ella se relacionan, tiene tanta importancia como la nocion de Dios. Los que admiten la predestinacion invocan la Escritura; los que la rechazan con horror la invocan tambien; ¿cómo salir de tan intrincadas dificultades? Collins nos dice cómo se componian los ministros de la Iglesia anglicana. El formulario oficial de su confesion consagra el dogma calvinista en todo su rigor; los ministros lo firmaban, porque ésta era una condicion indispensable para alcanzar sus beneficios; pero apenas habia uno solo que creyese los treinta y un artículos segun su sentido propio y natural (2). ¡Cuántos cristianos hay que creen de esta manera!

V.

La Escritura es revelada; luego lo es la Biblia lo mismo que el Nuevo Testamento. Esta solidaridad de las dos leyes ha sido una buena fortuna para los libres pensadores, desde Juliano hasta los filósofos del siglo XVIII. Todo es verdad absoluta en la Biblia. Abrámosla, y veamos qué idea nos da de Dios el primér revelador, Moisés. Es el Dios de Israel un Dios que elige un pueblo, del

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. III, p. 6, 8.

(2) COLLINS, *Discurso sobre la libertad de pensar*, p. 98-101.

cual es rey. Así hablan los salvajes de sus fetiches. Moisés ve á su Dios cara á cara. Ese Dios, señor de los Israelitas, visible, ¿no parece un santo del catolicismo, mucho más que el Dios universal, invisible, que adoramos? Si este Dios no es un ídolo, exclama un deísta, preciso es decir que nunca ha habido ídolos! (1). Es un hombre más bien que un Dios. Léase la historia del pecado: allí se ve á Dios paseando por su jardín, lo mismo que cualquier ciudadano, para tomar el fresco ó hacer la digestión; despues habla con Adán, le interroga acerca de lo que ha hecho: parece un inquisidor. Luégo viene el castigo: Dios no se contenta con castigar, insulta á los pobres pecadores; es un amo que se venga cruelmente porque ha sido desobedecido, y que añade el ultraje á su venganza. ¡Y es esta la verdad revelada! Los pueblos más bárbaros no se forjarían una divinidad más implacable. Los Judíos han hecho á Dios á su imágen; Dios no se ha revelado seguramente bajo tal forma (2).

Podríamos hacer una interesante narracion de los hechos del Dios de la Biblia. Señalemos algunos con Tindal. Nada más célebre que el robo cometido por los israelitas en Egipto por mandamiento de Dios. ¡El robo ordenado por Dios! exclama el deísta, ¡qué blasfemia! Para lavar al Dios de la Biblia de esta acusacion recurren los apologistas á la más absurda explicacion. Se alaba la ciencia de los anglicanos en su lucha con el deísmo; si tenían ciencia, por lo ménos carecian de buen sentido. «Era un préstamo, dice Leland, y al tomar prestados los vasos de oro y de plata, los Israelitas no habian pensado en restituir lo que se les prestaba» (3). Si Tindal hubiese podido responder á esta majadería, hubiera dicho: «¡Oh sabio imbécil! ¿ignorais pues, vos que todo lo sabeis, que el que toma prestado, queda por lo mismo obligado á restituir? Y si tomais algo prestado con la intencion de no restituirlo, ¿no cometeis un robo á la vez que un engaño?»

La guerra sagrada y sus horrores son uno de los asuntos favoritos de los libres pensadores. «Es imposible, dice Chubb, que esa

(1) MORGAN, *The moral philosophy*, t. III, p. 66, 107.

(2) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. V, p. 372.

(3) LELAND, *A defense of the christianity*, t. II, p. 338 y sig.

parte de la Escritura sea revelada; parece escrita por canibales más bien que por el Espíritu Santo. ¿No es injuriar á Dios, y dar de él muy falsa idea, el atribuirle la órden de destruir poblaciones enteras, hasta los niños de pecho?» (1). Nada más desacertado que la respuesta de los apologistas, y preciso es convenir en que era difícil contestar con acierto. Escuchemos al amigo Leland, el adversario declarado de los deístas. Encuentra excelentes razones para justificar la exterminacion de los Cananitas: «Eran culpables de idolatría y de impiedades abominables. Dios podia, por consiguiente, exterminarlos. En lugar de hacerlo por sí mismo, por medio de un temblor de tierra ó de una peste, encargó á su pueblo elegido el cuidado de su venganza» (2). No hay nada tan duro é implacable como el alma de un teólogo, y pintan á Dios á su imágen: ¿qué extraño es de este modo que Dios parezca un antropófago? Todos los pueblos de la antigüedad eran idólatras: luego se debia exterminarlos á todos. ¿Y los niños de pecho ¿habian cometido tambien impiedades abominables? Este es el bello ideal del Dios verdugo.

La Biblia es revelada: todo en ella es, pues, verdad absoluta. Sin embargo, abunda en errores de toda especie, de historia, de geografía, de astronomía. ¿Ha dictado el Espíritu Santo todos esos desatinos? pregunta Tindal. Esto es suponer que Dios se engaña, ó, lo que todavía es más horrible, que quiere engañar. Es decir que Dios ignoraba que la tierra gira al rededor del sol, ó queria hacer creer á los hombres una mentira. Leland responde que el Espíritu Santo, al dirigirse á un pueblo ignorante, ha creído oportuno hablar el lenguaje vulgar. Tindal replica que este lenguaje implica un error, y que no se concibe que Dios, que es la verdad misma, enseñe el error, ni áun siquiera que parezca que lo aprueba (3). Acosados entre la espada y la pared, los ortodoxos salen del paso como siempre con nuevas necedades. «Dios no aprueba: su objeto no era enseñar astronomía, sino moralizar al pueblo de Israel.» Escuchemos la respuesta contundente de Bolingbroke:

(1) CHUBB, *Posthumous works*, t. II, p. 19-29.

(2) LELAND, *A defense*, t. II, p. 351 y sig.

(3) IDEM, *ibid.*, Introduc., p. 39.

«No, Dios no es un profesor, pero tampoco Dios engaña á nadie. ¿Tenía necesidad el Espíritu Santo de confirmar un error grosero para revelár la verdad de Dios y de sus obras? ¿No se dice que la Escritura es propia para la humanidad de todas las edades, lo mismo para la humanidad actual, ilustrada y sábia, que para los Israelitas? Por consiguiente podía el Espíritu Santo haber hablado de manera que no contradijese á la razon de las generaciones futuras; ó si por fuerza queria acomodarse á la barbarie del pueblo elegido, ¿por qué no hace una segunda edicion de la Escritura revisada y corregida segun los últimos trabajos de la ciencia? Subordinando á Dios á la ignorancia más ó ménos grande de los hombres, se hace á Dios á su imágen. ¿No es esto dár la razon á los incrédulos, que pretenden que Dios es obra de los hombres?» (1).

¿Para qué sirve la revelacion, cuando la pretendida palabra de Dios no es más que el eco de los errores humanos? ¿No sucederá que si Dios se dirige á un pueblo inculto, la revelacion divina sea más imperfecta que la razon natural en pueblos más civilizados? ¡Luego los hombres son superiores á su Dios! Esto no es una simple hipótesis, dice Bolingbroke. Las leyes de Moises aislaban enteramente á los judíos del resto de la humanidad. ¿Qué resultó de aquí? Un orgullo insensato, el desprecio del extranjero, el ódio del género humano. Los filósofos que no estaban iluminados por el Espíritu Santo, tenían sentimientos mucho más elevados que los que se preciaban de ser los elegidos de Dios; su caridad se extendía á todos los hombres. ¿No probará esto que tenían de Dios una nocion más exacta que los que veian á Dios frente á frente? Basta abrir la Biblia para convencerse de que es una ley hecha por una nacion salida apénas de la barbarie. Los bienes y los males materiales de la vida, hé aquí el gran móvil de su legislador. Jacob celebra un contrato con su Dios; promete serle fiel á condicion de que el Señor tenga cuidado de su servidor y no le deje carecer de nada. ¿No parece que esto es un mercado? Este contrato interesado forma sin embargo el fondo de la religion judía;

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v, p. 370.

reaparece en Moisés, reaparece en David. ¿Puede llamarse religion esa obediencia interesada? (1)

¿Hay una religion sin la creencia en la inmortalidad del alma? ¿No consiste esencialmente el cristianismo en la esperanza de una vida futura, en que los elegidos disfrutarán de una felicidad sin fin, al paso que los reprobados arderán en los fuegos eternos del infierno? ¿Qué dice Moisés de la inmortalidad del alma? Esta es una pregunta que repiten en todos los tonos los deistas y los incrédulos. No la hay más dificultosa para los ortodoxos. La mayor parte tratan de probar que los judíos creian en la inmortalidad. Pero no se trata de los judíos, sino de la revelacion. ¿Se concibe que Dios revele la verdad á los hombres y guarde silencio acerca de su destino despues de esta corta vida, ¿qué digo? les haga creer que no hay otra, segun cuida de no hablarles más que de recompensas y penas temporales? No se ha de justificar á Moisés y al Espíritu Santo á fuerza de argumentos traídos por los cabellos. La verdad, y sobre todo una verdad tan capital, se comunica claramente á los hombres, y no por vía de alusion ó bajo forma de dificultosos razonamientos. Conocida es la audacia de un teólogo anglicano: Warburton, léjos de negar que Moisés guarda silencio acerca de la inmortalidad del alma, demuestra de una manera que no admite réplica, que en efecto esta idea es extraña á la Biblia. Y ¿qué consecuencia deduce? la divinidad de la Escritura. Este razonamiento no tuvo acogida. Siempre se podrá decir con Bolingbroke: «O Moisés creia en la inmortalidad del alma ó la ignoraba. Si la ignoraba, es imposible que haya sido inspirado por Dios. Si la conocia, ha engañado á los Israelitas, ocultándoles la verdad. Pero Moisés es el órgano de Dios. ¡Luego sería Dios quien habia engañado á su pueblo escogido! ¡Qué horrible sacrilegio!» exclama el incrédulo (2).

No hay más que un medio de reconciliarse con la Biblia, dice un deista, y es ver en ella una obra humana. Los que la escribieron no recibieron más inspiracion que los cantores de la Grecia. La literatura hebráica es la expresion del estado social de los

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, p. 356-359.

(2) IDEM, *ibid.*, t. iv, p. 153.

Hebreos. No se debe, pues, buscar en ella la verdad absoluta sino una verdad relativa. Todo en ella es maravilloso, todo es hecho por Dios: ¿debe tomarse este elemento sobrenatural al pié de la letra? No son historiadores los que hablan, son poetas ú oradores populares. No siempre dan de Dios una noción bastante elevada; sus ideas morales son rastreras, se engañan á cada momento respecto de los hechos de ciencia. Nada más inexplicable si se trata del Espíritu Santo; nada más natural si se trata de hombres. La posteridad ha dado la razón á Morgan (1) y á los deistas. Desde que la Biblia no es considerada ya como una revelación divina, es cuando se la empieza nuevamente á estimar, y áun á venerar, como uno de los más antiguos y más bellos monumentos del espíritu humano. La Biblia revelada es un absurdo. La Biblia no revelada es una obra maestra de poesía y de elocuencia.

VI.

Los deistas hacen la guerra al Nuevo Testamento lo mismo que al Antiguo, en cuanto se le considera como una verdad absoluta, revelada. No hay para qué decir que los cristianos se rebelan contra la crítica que los libres pensadores se atreven á hacer de los Evangelios. ¡Preocupaciones debidas á la educación! Si los leyeran sin prevención, estarían acordes con los deistas. Añádase que los ataques de los deistas no se dirigen al cristianismo de Cristo, puesto que se proclaman discípulos suyos; á quien se dirigen principalmente es al cristianismo tradicional: atacan al Evangelio interpretado por la teología. Se ataca al Dios de la Biblia, dice Bolingbroke; ¿vale más el Dios de San Pablo? El primero es parcial, injusto, cruel; le agrada la sangre, ordena la muerte, manda la matanza de poblaciones enteras. Todo esto es espantoso. Pero veamos el Dios de San Pablo. Crea el mundo y los hombres; previene que las criaturas imperfectas y falibles han de pecar; las condena por una desobediencia necesaria; sin embargo, se digna es-

(1) MORGAN, *The moral philosophy* (1737).—LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 378 y sig.

coger entre los culpables algunos elegidos tan culpables como los demas; estos los predestina á la vida eterna; los demas son condenados para toda la eternidad. ¿Es este el Dios verdadero, el Dios que adoramos? No, exclama Bolingbroke, y tiene muchísima razón. Ni el Dios de San Pablo, ni el Dios de Moisés, son el verdadero Dios. Luego ni el Nuevo Testamento ni el Antiguo han sido revelados (1).

El Dios de San Pablo, entendido á la manera de San Agustín, es el más cruel de los tiranos. Pero ¿es cierto que el Dios del Evangelio, el Dios de Cristo, sea nuestro Dios? Es positivo que no seguimos ya sus preceptos ni sus consejos. Tindal hace una viva crítica del espiritualismo evangélico: es inútil reproducirla, muchas veces la hemos hecho en este mismo lugar. Lo curioso es que los adversarios de los deistas estaban en el fondo conformes con ellos. Los ortodoxos distaban mucho, ciertamente, de atacar las máximas de la perfección cristiana; pero las interpretaban tan bien, que no quedaba de ellas absolutamente nada. Escuchemos al docto y piadoso Leland. Cristo dijo: *Amad á vuestros enemigos, haced el bien, prestad sin esperar nada; vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo* (2). Esto es difícil de digerir, dice nuestro teólogo; no se hacen así los *prestamos* en Inglaterra, ni áun en el seno de nuestra Iglesia; aquí se prefiere un *interes actual* de diez por ciento á todas las *recompensas celestes*, y se desea más tener una caja bien provista que ser *hijo del Altísimo* sin un cuarto en el bolsillo. ¿Qué harémos? Es preciso salvar el precepto del Evangelio, pero de modo que este precepto no sea precepto. «Dirémos que Jesucristo no trata de imponer una regla absoluta, que su máxima solamente es obligatoria *en ciertos casos*. No dirémos cuáles son estos casos.» «Esto es muy ingenioso, hubiese respondido Tindal, si el cristianismo consiste en esquivar los mandamientos de Cristo. Los *ciertos casos* no se encuentran en las palabras de aquel á quien venerais como Hijo de Dios. Habla de una manera absoluta. Luego le haceis decir lo contrario de lo que dice. Ó estais equivocados, ó lo está Cristo. Escoged.» No se trata

(1) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. v, p. 217.

(2) LUC., VI, 35.

solamente del préstamo, sino del Evangelio entero, porque el Evangelio se resume en las máximas que tienden á la perfeccion de los fieles. Jesucristo dice: *No hagáis resistencia á los malos* (1). ¿Qué opináis de esto? Leland responde: «Esto se aplica á ciertos casos á las ofensas pequeñas.» «Sed más francos, replica Tindal; esto no tiene aplicacion á ningun caso: y no debe tenerla, porque el no hacer resistencia á los malos, sería estimularlos: ¿es ésta una regla de perfeccion?» *No reclameis lo que os quiten* (2), dice Cristo. ¿Opináis lo mismo? «En ciertos casos», responde siempre Leland. «Vuestra distincion, replica Tindal, destruye la regla; no obedecéis á vuestro Señor, eludís sus mandamientos, lo cual se llama violarlos, añadiendo á la desobediencia una cierta dosis de hipocresía. ¿Es éste el espíritu del Evangelio, ó es el de los jesuitas?» (3).

Es inútil proseguir esta crítica del espiritualismo cristiano; es sobradamente evidente que las pretendidas máximas de perfeccion son impracticables: la sociedad no subsistiría veinticuatro horas, si tratase de ser perfecta á la manera del Evangelio. Á lo más podría admitirse que las reglas del Evangelio están hechas para una sociedad excepcional, tal como los Esenios ó los monjes. Y áun habría que decir con Bolingbroke que los monjes no han observado nunca sus reglas de perfeccion (4); la realidad ha estado siempre tan léjos del ideal, que es, por decirlo así, su caricatura. No culpeamos demasiado á los frailes ni á las monjas; la culpa es del ideal, porque es falso, y es falso, porque exige de los hombres, para que sean perfectos, que dejen de ser hombres.

Hemos dicho en otra parte cómo puede explicarse lo que hay de excesivo, de desordenado en el espiritualismo cristiano (5). Jesucristo y sus discípulos creían en el fin próximo de todas las cosas. El que esté bien persuadido de que el mundo va á perecer mañana, se desprenderá evidentemente de este mundo, no será ya de este mundo. Si esta creencia nos permite comprender la moral del

(1) MATEO, v, 39.

(2) LÚC., vi, 30.

(3) LELAND, *A defense*, t. II, p. 214, 215, 217.

(4) BOLINGBROKE. *Philosophical works*, t. II, p. 310.

(5) Véase el tomo IV de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

Evangelio, prueba á la vez que su perfeccion tan decantada es falsa, puesto que se funda en un error. Este error mismo es una prueba contra la revelacion cristiana. Tindal no vacila en decir que los apóstoles se han equivocado groseramente al excitar á los cristianos á la penitencia con motivo del próximo fin del mundo. El deista inglés no se ha atrevido á añadir que tambien Jesucristo se ha engañado, pero demuestra muy bien que las palabras que se le atribuyen por los evangelistas no son susceptibles de otra interpretacion: por más tormento que se les dé, no se logrará sacar de ellas otro sentido que el que les han dado todos los apóstoles, sin excepcion alguna. El error de Cristo, ó al ménos de los que han escrito los Evangelios, es palpable (1). ¿Los ha dictado el Espíritu Santo? Pues preciso es decir que el Espíritu Santo se ha engañado ó ha querido engañar. ¡Hé aquí á donde va á parar la revelacion!

Los deistas tienen otros muchos ataques que dirigir contra lo que llaman el cristianismo teológico, ataques que recaen en realidad sobre Jesucristo, ó al ménos sobre la Escritura; bajo el punto de vista de la ortodoxia, esto es indiferente, puesto que los libros sagrados contienen la palabra de Dios. La moral está viciada por el principio de la fe: tal es el clamor de todos los deistas, así de los más moderados, como de los que rayan en la incredulidad. ¿Es cierto ó no, pregunta Collins, que la paz y el buen orden en las sociedades civiles dependen de los deberes morales, ó más bien consisten en su práctica? Pues bien, ¡véase lo que sucede donde reina la fe! Someteos á la Iglesia, observad ciertas leyes exteriores que prescribe, y pasaréis por un santo, áun cuando estuviereis interiormente manchado por todos los vicios: no faltarán excusas para atenuarlos, ni indulgencias para borrarlos. Negad, por el contrario, la transubstanciacion en España ó en Francia, la predestinacion en Ginebra ó en Escocia, y seréis considerado como el más infame de los hombres. Y no solamente quedaréis infamado, condenado por toda una eternidad. Porque la fe tiene además el mérito de trasformar á los hombres en fieras. Servet ha perecido en la hoguera porque no creía en la Trinidad; millares de desgraciados han sido inmolados por la inquisicion por críme-

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 234.